

REVISTA CRITICA DE TEORIA, HISTORIA Y ECONOMIA

NEGACIONe

N.º 3. MAYO 1977



LUCHAS SOCIALES Y FORMAS DE ORGANIZACION DEL MOVIMIENTO OBRERO

Contra la cárcel. La huelga de Michelin. Sobre Comisiones Obreras. Autonomía de los trabajadores. Masas y jefes.

EL PROBLEMA NACIONAL (I)

Catalunya. Aragón. Andalucía. Crítica del economismo.

ENSAYOS

Pannekoek, el marxismo y el darwinismo. Acumulación de capital en la autarquía franquista. El leninismo libertario. ¿Feminismo o antipatriarcalismo?

Periodicidad: Cuatrimestral

Precios: Un número, 180 ptas. Suscripción anual (tres números):

España, 490 ptas.; Europa y área mediterránea, 650 ptas. Resto del mundo (correo aéreo), 800 ptas.

Suscripción anual de apoyo, 1.000 ptas.; Estudiantes, 450 ptas.

Redacción:
Atocha, 95
Madrid - 12

Administración:
Editorial Ayuso
San Bernando, 34
Madrid - 8

LUCHAS SOCIALES y FORMAS DE ORGANIZACIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO

Editorial	3
Beltrán LARA , <i>Formas de organización obrera de los trabajadores de Michelín en Aranda de Duero</i>	7
Rosa de ASTURIAS , <i>Sobre Comisiones Obreras, la unidad sindical y la autonomía de los trabajadores en las cuencas mineras asturianas</i>	27
José Luis de la MATA , <i>Aportaciones críticas a la polémica sobre la «autonomía» de los trabajadores</i>	39
P. VALERA , <i>La rebelión de las masas</i>	73
Colectivo margen , <i>Contra la cárcel</i>	87

EL PROBLEMA NACIONAL I

Lito BERMEJO , <i>Las concepciones economistas en el planteamiento de la cuestión nacional</i>	109
José M.^a VIDAL VILLA , <i>Catalunya : una nacionalidad oprimida</i>	129
Luis G. GERMAN , <i>El nuevo aragonesismo</i>	147
Francisco ALBURQUERQUE , <i>La cuestión nacional y el subdesarrollo en Andalucía</i>	161

ENSAYOS Y NOTAS

Anton PANNEKOEK , <i>Marxismo y darwinismo (I)</i>	175
Carlos BERZOSA , <i>La acumulación de capital en el período autárquico franquista</i>	197
Salvador GINER , <i>El leninismo libertario del profesor Abel</i>	211
Cristina ALBERDI , <i>¿Feminismo o antipatriarcalismo?</i>	221

Se inicia en este número de NEGACIONES un debate sobre el problema nacional que se prolongará en las siguientes apariciones, pero lo que interesa resaltar desde el comiendo es la relación entre dicho problema y las luchas sociales y obreras que se desarrollan en los distintos ámbitos nacionales de la península e islas dependientes.

En el punto en que nos encontramos, abril de 1977, la incapacidad de la izquierda oficial organizada política y sindicalmente, da como primer resultado una capitalización creciente del conflicto nacional por parte de la burguesía y de sus representantes políticos. No cabe duda que la ambigüedad de la cuestión nacional facilita este tipo de recuperación, pero justamente la función de las fuerzas que tratan de transformar la sociedad consiste en impedir que la burguesía y sus partidos manipulen las aspiraciones de libertad de los pueblos peninsulares e isleños. Para impedir esa utilización del conflicto nacional por parte del capitalismo es necesario que las fuerzas transformadoras clarifiquen el trasfondo político, cultural y económico del problema, y esto es precisamente lo que no hacen.

Funcionando a remolque de las iniciativas gubernamentales, en este como en otros asuntos, dominadas por una obsesión táctica extraordinariamente estrecha, cuyo alfa y omega es hoy por hoy el tema electoral, en connivencia tácita o explícita con el poder a través de los múltiples compromisos establecidos, la oposición oficial y en particular la de izquierda, es incapaz de abordar la urgente clarificación que el tema nacional exige y la elaboración de líneas estratégicas que estén a la altura que la complejidad del problema necesita. El elemento central radica evidentemente en la elucidación de las relaciones entre la nación y el estado y las clases que en él subyacen. Es precisamente en esta óptica en la que las carencias de la izquierda oficial se manifiestan con mayor claridad. Puesto

*que el problema del estado y la lucha de clases nos aporta
día a día el desbordamiento progresivo de las
organizaciones tradicionales de la izquierda oficial,
de sus partidos y sindicatos.*

*En otra parte de este número se abordan algunas de las
luchas en que los propios actores, pertenecientes al
movimiento obrero, relatan y analizan el proceso a través
del cual, sus aspiraciones, su táctica y estrategia entran en
clara contradicción con el reformismo de las
organizaciones sindicales y políticas, que en vez potenciar y
clarificar los conflictos de clase tratan de frenarlos y
desvirtuarlos.*

*En esta perspectiva el tema de la autonomía de clase salta
una y otra vez, autonomía no sólo frente al estado burgués
heredero y continuador de la dictadura, si no frente a las
sedicentes organizaciones de clase cuyo objetivo, hoy por
hoy, no es otro que la farsa electoral y la integración de las
clases potencialmente revolucionarias en el orden estatal
del capitalismo.*

*La autonomía del movimiento obrero se manifiesta así en la
construcción de una nueva estrategia, —frente al ciego
tacticismo de partidos y sindicatos—, que a través de
formas renovadas de organización en asambleas, consejos,
coordinadoras y mesas, entre otras, crean los instrumentos
de su propia democracia, la democracia directa del
movimiento obrero y popular, al margen de los pactos
hechos en detrimento y a la espalda del proletariado y sus
aliados.*

*Por esto es por lo que luchas como la de los presos
comunes, la del movimiento feminista, o la de los
homosexuales, nos revelan en su conflictividad, latente o
actuante, la represión que el poder, estatal, social,
económico o cultural, ejerce sistemáticamente sobre los
distintos sectores del mundo social en que nos encontramos.*

*Cada una de estas luchas nos reenvía al núcleo último de
nuestras aspiraciones a la emancipación, a la autonomía
del sujeto y de la clase, a la ruptura permanentemente
renovada contra toda traza de dominio de unos sobre otros.*

Luchas sociales
y
Formas de organización del
movimiento obrero

Jose Luis de la Mata:

Aportaciones críticas a la polémica sobre la “autonomía” de los trabajadores

- En Rev. Negaciones nº 3: pág. 39 - 72
- En esta publicación: pág. 1 - 33

José Luis de la Mata

APORTACIONES CRITICAS A LA POLEMICA SOBRE LA 'AUTONOMIA' DE LOS TRABAJADORES

El planteamiento de un debate: su actualidad

Me piden mi intervención en esta revista con una contribución a un tema polémico y desde mi posición de militante: aceptar, pues, el compromiso político de intervenir sobre el tema de los consejos en la doble línea que hoy marca su actualidad, en tanto que *autoorganización y/o autonomía* de los trabajadores. Es claro que una intervención semejante desborda los límites impuestos por un artículo, sobre todo cuando éste se presenta —y no tiene otra pretensión— como un conjunto de notas críticas al tema. Pero, lo que es más determinante, el problema se presenta no como una nueva indagación historicista, sino como respuesta de compromiso a la materialidad histórica que hoy eleva al primer plano la dialéctica de la lucha de clases, tanto a nivel internacional como nacional. Esto es, no como una fría cuestión de erudición marxista, sino en la exigencia que a todos nos impone la «presión» política de la coyuntura en que estamos inmersos.

Desde posiciones que se reclaman marxistas-leninistas hasta los sectores luxemburguistas del ala radical del socialismo, pasando por organizaciones de corte de izquierda revolucionaria y «autónomas», el tema del consejismo adopta las más complejas manifestaciones de su expresión. Desde la pureza estrategista de su exhibición a la deformación revisionista y oportunista de su utilización, el consejismo deja de ser patrimonio teórico de una izquierda maldita, para pasar a ser desde el símbolo de una «*democracia "socialista" aguada*» al de una intransigencia revolucionaria, muy a menudo «dicha» en los cenáculos elitistas de los revolucionarios de salón. Urge, pues, «recuperar» el concepto y su práctica. *Precisar* su densidad y oportunidad históricas es la tarea a que nos emplaza la crisis político-social como expresión de las necesidades de las masas, como manifestación de nuestra posición política en la lucha de clases, como afirmación comprometida de nuestras tareas en la actual perspectiva de la revolución.

Materialismo de la «subjetividad» contra el positivismo realista

Ya, en este sentido, se trata de adoptar el método marxista, y ello no en

la dinámica de echar mano de un recetario, apto para resolverse cualquier situación, sino adoptarlo como arma crítica de la Historia, como guía consciente de la acción colectiva que, desde la complejidad real del presente, es capaz de armar «*orgánicamente*» la construcción consciente de un futuro «*superior*», esto es, una nueva sociedad donde, por la inversión del carácter actual de las relaciones sociales de producción (explotadoras y opresivas), se desarrollen las fuerzas capaces de construir el socialismo.

Pero adoptar tal método representa no sólo la «*afirmación de un nuevo realismo*» radicalmente alejado del positivismo-dogmatismo del marxismo congelado (o ideológico, que diría Korsch), marxismo que se expresa ya como «socialismo radical», ya como «eurocomunismo»(?), sino que adoptar tal crítica resume las necesidades actuales de la revolución en una sociedad compleja y dinámica y hacerlo en la vigilancia que nos imponen las revoluciones *traicionadas* o simplemente *liquidadas* y, por lo mismo, la necesidad de precisar, con todo rigor, el tema mismo del *protagonismo revolucionario*.

Marxismo, pues, como *ciencia crítica de la historia*, y ello tanto en sus *procesos materiales* (=análisis del desarrollo de las fuerzas productivas y de su relación con las superestructuras correspondientes, de sus ligazones internacionales y de cómo se concretan en formaciones sociales dadas, de sus contradicciones y los procesos que se decantan en coyunturas dadas, con dinámicas específicas que se expresan en correlaciones de fuerzas sociales determinadas) como en lo que se da en llamar «*análisis del factor subjetivo*» (=aparatos de dominación de clase, organización política de las fuerzas políticas, posición de la ideología dominante, emergencia, formas y dialéctica propia de la ideología de las clases dominadas, nivel de conciencia de clase *medido* en sus organizaciones, en los objetivos y las formas de sus luchas, en la «hegemonía» que prefigura nuevos bloques, etc.). En una palabra, la necesidad de intervención de la fuerza consciente que desde el realismo concreto del «*Así es*» establece las mediaciones necesarias para alcanzar *el «Así debe ser»*.

No se trata, pues, de ser o dejar de ser «realistas» («*leiv motif*» paranoico de todos los «compromisos»-colaboracionismos históricos presentes): se trata de la batalla siempre, permanentemente renovada contra los oportunismos y posibilismos de traición «*objetiva*» de clase; se trata de comprender cómo el presente ha sido construido, para, desde él, desde su *realidad dialéctica*, determinarse a la construcción revolucionaria del futuro, sin descuidar la materialidad actual y objetiva del presente, sus fuerzas y sus tareas, sus objetivos inmediatos y finales, interviniendo no sólo para descubrir cómo lo «objetivo» se «refleja» y «reproduce» en lo «subjetivo», para desde ahí, con posición irrenunciable de clase, hacer que lo subjetivo (y objetivo explotado y oprimido), transformando lo «actual», construya lo objetivo y, por tanto, determine un nuevo «lugar» de la

Historia.

Coyuntura; O. D. y lucha de clases en el Estado español

Que no se trata de una nueva lectura izquierdista de pasadas experiencias históricas nos lo muestra el complejo desarrollo actual de la lucha de clases en el interior del Estado español. Las contradicciones de una actualidad económica y social que, a pesar de su profunda crisis estructural, está posibilitando al Bloque Dominante (=B.D.) y a sus sectores hegemónicos la transición desde una forma estatal de dictadura a otra de democracia restringida. Que esta transición sea llevada a cabo, sin vacilaciones, en una continuidad absolutamente coherente, con dominio total, por parte del Gobierno de «transición»(?), de las claves políticas de tal proceso, nos tiene que hacer pensar. Por lo menos, es necesario (eso se nos concederá) comprender qué sentido «objetivo y subjetivo» tiene que en el interior de una crisis económica y social, con luchas trabajadoras y populares de una intensidad radical indiscutible, digo que nos tiene que hacer reflexionar que la transición política pueda ser llevada a cabo por la clase dominante sin que apenas se hayan producido sobresaltos en el hilo continuo de esa reforma. Pues bien, esas luchas, esa hegemonía política que se materializa en la continuidad de su dominio político, con las mínimas concesiones, por parte del Gobierno, es lo que hace que el tema que abordamos carezca de ningún resabio izquierdista.

Esa radicalidad combativa de las masas, más la impotencia real de una oposición democrática, incapaz de dar una alternativa política conjunta de *recambio democrático* (fíjese que no hablo de revolución, aunque sí pueda hacerlo de «ruptura»), explica muchas cosas. No ya la incapacidad de la burguesía para dotarse, en estos cuarenta años de dominio, de eficaces cauces políticos de organización e integración: su cobardía histórica remonta al siglo pasado y su lógica implacable nos enseña que, por mucho que se nos pretenda marcar con la explicación de «fenómenos absolutos» e inexplicables de la historia (los fascismos, por ejemplo), nos enseña que «formas excepcionales de dominación» (desde el terrorismo individual al estatal) no son sino las formas más adecuadas a una coyuntura histórica para el mantenimiento y fortalecimiento de esa dominación, orientadas a la mayor seguridad de garantizar su cota de extracción de plusvalía. Es decir, nos hacen pensar que el fenómeno fascista es inteligible e históricamente congruente con toda la lógica del capitalismo y no un fenómeno histórico aberrante (¿olvidamos Chile, Portugal, Grecia, etc.?).

Nos ayuda a comprender, por ejemplo, el trágico error de los frentes populares y, más aún, la ceguera histórica de su reactualización; nos ayuda a condenar al marxismo del mecanicismo mimetista... En una palabra, si nos armamos de «realismo», como nos exigen los grandes maestros de la

conciliación, tendremos que concluir, provisionalmente, no ya que la oposición democrática no ha estado a la altura de un mínimo compromiso democrático, no ya que las fuerzas obreras políticas han chalanado su auténtico compromiso histórico: ninguna fuerza política de la izquierda ha estado o está en el nivel histórico a que le emplazaba el heroísmo combativo y la tensión radical, *tendencialmente rupturista*, de las masas trabajadoras del Estado español. Lo que obliga a afirmar que, ni siquiera por los resultados, la *tendencia socialdemócrata* de tales organizaciones ha estado a la altura de su precedente histórico, el partido socialdemócrata alemán de 1914. Aquéllos renunciaron a la revolución, éstos a la ruptura; aquéllos se vendieron por una cogestión funcional en el campo del estado y la economía, éstos por el pobre plato de lentejas de la legalización.

Parodiando la fórmula británica, podemos hablar de una «*muy leal* oposición a Su Graciosa Majestad». Pero las consecuencias van más allá, por lo menos *hoy*, de lo que esta oposición *puede y quiere* hacer. Que la presente crisis políticamente se resuelva en la dirección que impone el Gobierno puede tener unos efectos ideológicos y, consecuentemente, políticos que si, por una parte, favorecen al mismo Gobierno (en la medida en que desacredita «democráticamente» a tal oposición y, por tanto, le resta fuerzas, ya que ¿quién, legítimamente, disputa hoy a Suárez el dominio, la continuidad y la firmeza del plan *reformista-renovador?*), por otra no le resuelven la totalidad de contradicciones que la crisis, y su carácter estructural plantean.

De la política de conciliación y sus contradicciones reales

De una parte, la política interclasista de claudicación constante, desde la renuncia a la ruptura a la aceptación misma del procedimiento de legalización, ha favorecido la necesidad en que se encontraba el B. D. y sus sectores hegemónicos de remodelación de su sistema de alianzas y recomposición política, antes de acometer la necesaria remodelación saneadora de la economía. El freno constante de las organizaciones políticas obreras y sindicales a las movilizaciones es un hecho incuestionable: a partir de la victoria desmovilizadora del año pasado en Madrid, con la consecución de un convenio para el metal que sorprendió a todas las vanguardias por la rapidez de su consecución y sus aparentes logros (lo afirmo así en la medida en que las mejoras eran fundamentalmente de tipo económico y, por tanto, rápidamente asumibles por el proceso de inflación), el retroceso desde ese mismo momento ha sido continuo. Conviene decir un par de cosas más sobre ese convenio: en primer lugar, se producía tras la serie de movilizaciones radicales desarrolladas desde la muerte del general Franco hasta febrero, tras los acontecimientos de Vitoria y la serie encadenada de repulsas a los asesinatos cometidos en ese período; en segundo lugar, se producía tras un

proceso muy acelerado de descrédito, por la actitud tomada, ante tales acontecimientos, de los líderes de la mayor central sindical ilegal y su partido mayoritario que, habiendo jugado conscientemente la carta del frenaje o de la inhibición, de pronto se descolgaban con una victoria *económica* considerable. Era el elemento clave de una política rigurosa y arriesgada: como si se dijera, «Así, no» (movilizaciones, paros, solidaridad, confluencia con otros sectores, asambleas y lucha en la calle, etc.), «Así, sí» (negociación «realista» y sosegada de la burocracia sindical, capaz de hacer entrar «en vía civilizada» a la patronal). En tercer lugar, tal convenio se realizaba en el sector industrial más importante de Madrid y, además, en el que había sido determinante en el conjunto de movilizaciones de la capital. A partir de ese momento todo fueron actos cívicos, aplausos al personal, manifestaciones puntuales de cívica y «responsable» respuesta ante las «provocaciones», etc. Victoria quedaba atrás. Y los sectores productores «residuales» no ofrecían cuidado, mientras las burocracias pensaban haber ya consolidado su función y demostrado su capacidad de interlocutores «válidos».

Pero, yendo donde estábamos, la agudización de la crisis económica ha «destapado» el sistema de movilidad de las contradicciones: podemos comprobar sobre los hechos, y con sus protagonistas directos (las masas), el papel de frenadores del movimiento de las organizaciones políticas obreras y sindicales integradas en los organismos «unitarios», pero *interclasistas*, de la oposición democrática. Afirmo no sólo que se ha vaciado de contenido político esas luchas reivindicativas, sino que, incluso, se han tratado de «apagar» tales luchas económicas. Roca, Rock, Construcción, movimientos de campesinos y de profesionales, los intentos de movilización en el sector pesquero, etc., saben muy bien lo que afirmo. Desde el 12 de noviembre pasado a estos días las condiciones de vida, el nivel de adquisición de los salarios, el paro, y, en fin, un conjunto de medidas reguladoras de la venta de fuerza de trabajo o de colocación, han sufrido terribles descabros. Centrales sindicales y partidos políticos obreros están ahí. Su práctica, su vocación incluso reformadora descansa en la experiencia negativa y, a veces, en fuertes derrotas de las masas trabajadoras y populares. Huelgas que se han consumido en sí mismas, sin una intervención solidaria, sin una «negociación con los poderes fácticos» de parte de esos organismos unitarios que deberían estar, precisamente, para asegurar, al menos, las mínimas condiciones materiales y la mayor amplitud de esa democracia que se nos promete.

Y que no se hable de la victoria política de las sucesivas medidas restringidas de amnistía: porque éstas están siendo arrancadas a precio de sangre por la heroica determinación de las masas populares de la totalidad del Estado español. Y, en este sentido, hay que reconocer la talla democrática del propio Suárez o, lo que es lo mismo, su exquisita comprensión de las reglas del juego democrático-formal: primero, no se negocia con *quien quiere y no puede*; segundo, se *comprueba* la capacidad de resistencia de *quién exige* y su posición de

fuerza; tercero, se concede gota a gota lo exigido y siempre que ello no desarbole la estrategia de «concesión *acordada*» y «*graciosa*». Es decir, el juego de las cuatro esquinas en el que Martín Villa-Alianza Popular, bunker-«civilización» establecen las leyes del... *integrismo*.

Por una parte, pues, el desarme *razonado* de la oposición, su integración. Por otra, la contradicción que establece la incapacidad en que el sistema se encuentra de dar «*credibilidad material*» tanto a su reforma como a la política de sus aliados de oposición. Es decir, no se puede, impunemente, jugar a la política socialdemócrata sin los medios de concesión de reivindicaciones materiales o económicas. Si nos atenemos al «realismo» de los análisis, no es desdeñable el conjunto de luchas espontáneas y radicales que están estallando en estos meses; luchas que, además, introducen nuevos elementos de cualificación al caracterizarse por ser luchas que se dan en los sectores o más atrasados o más subordinados, dentro de la estructura económica. Que los campesinos, o la construcción, o el textil, o la enseñanza (y la enseñanza universitaria, como se advierte en la última lucha que están desarrollando los P. N. N. S.) planteen ahora sus reivindicaciones materiales, con formas de lucha «salvaje» (espontaneismo de las formas de autoorganización, rechazo del sindicalismo, intentos de conexión con otras ramas de la producción y con el movimiento popular), no puede dejar indiferente la caracterización de coyuntura. Porque, si todo fuera poco, tales estallidos se producen en un momento de prendimiento masivo en las «ilusiones democráticas», que harán, sin duda ninguna, un hecho absolutamente multitudinario el proceso de las elecciones.

Agréguese a esto otra serie de elementos: las primeras muestras de disolución de la C. O. S., los intentos fallidos, por parte del populismo de izquierda, de poner en pie sindicatos unitarios que muestran su debilidad apenas nacidos, precisamente por la concepción oportunista que guía su propuesta de construcción, oportunismo que se decanta, con toda inmediatez, en el mismo sentido burócrata y sustituita de las centrales que pretenden reemplazar. Añádase que el proceso de afiliación de las grandes centrales apenas si ha experimentado un progreso en estos últimos tiempos (lo que obliga al mismo tipo de doble militancia que teníamos con el régimen de Franco y en la clandestinidad) y tendremos los rasgos más sobresalientes que han de condicionar el realismo no mecanicista (pero *tampoco izquierdista*) de una política de clase y revolucionaria.

Radicalidad combativa de las masas: El pacto social

Todo lo anterior sitúa el debate en su *densidad real*, no teoricista: el consejismo y la polémica que despierta se inscribe en el actual marco de la lucha económica, social, política e ideológica. Como he dicho, la coyuntura

presente nos obliga a coordinar tal polémica con elementos como el abandono del concepto de «*dictadura del proletariado*» y sus reflejos en una política de colaboracionismo-evolucionismo; pero mucho más profundamente, en la lucha que hoy se da y se mantiene entre «*autonomía de clase*»-alianzas interclasistas, libertad-pluralidad sindical-unidad de todos los trabajadores. Si se quiere, acaso todo este complejo contradictorio que forma el núcleo histórico de la lucha de clases, hoy, en el interior del Estado español, pueda ejemplificarse en la concreción que sea la definitiva operativa del «pacto social» o, por el contrario, que dé salida a los elementos anticapitalistas de una superior ofensiva política de clase.

Porque éste (el tema del «pacto social») era el segundo elemento de la diada política que caracteriza al período: Lenin era consciente de que en la etapa superior de desarrollo del capitalismo la lucha ideológica y política no se efectuaba, por parte de la burguesía, desde posiciones puras y propias ideológicas, sino por la introducción, en el mismo movimiento obrero, de las posiciones burguesas, por medio de sus instituciones, pero —y esto era mucho más importante— por la «contaminación» (y posterior integración) de las organizaciones, la política y la ideología del mismo movimiento. El revisionismo y sus variantes (oportunismo y evolucionismo, catastrofismo y economicismo, sindicalismo y parlamentarismo) representa esa infiltración de la burguesía en el interior del M. O. En su tradición orgánica, desde ese momento sindicato reformista y política socialdemócrata se convierten en *funciones* del propio sistema capitalista, abandonan toda posición autónoma de clase (es decir, el problema del *poder* se invierte hasta convertirse en la simple rutina del tema de *Gobierno*) y, con ella, la perspectiva superior de revolución, hasta convertirse en los agentes específicos de defensa de los intereses burgueses en el interior del movimiento.

Pero, también como antes, no signa el «pacto social» quien quiere, sino quien *puede*. Y es ante este «*poder*» donde toman cuerpo y dinámica totalizante las contradicciones que he indicado. Las «ilusiones demócratas», mejor dicho, las ilusiones democráticas de las masas no eliminan las dificultades de su integración social y política. Que, en pleno período de «negociaciones», las organizaciones políticas y sindicales obreras no hayan conseguido dar credibilidad de su capacidad de dominio sobre las masas, es una posición harto débil que no cuadra con sus pretensiones de ser «interlocutores válidos» ante el Gobierno de la reforma. Hoy ni la burguesía ni la leal oposición son capaces de garantizar esta integración y, consecuentemente, la validez y estabilidad de un pacto social. Lo que significa que la política «socialdemócrata» (para entendernos) tiene sus propios techos materiales, como son un nivel amplio de implantación de masas, un desarrollo económico capaz de ofrecer las posibilidades de emergencia de una aristocracia obrera, un patrimonio sindical capaz de enjugar (en las ilusiones de la seguridad social) los aspectos más conflictivos de las

crisis, etc.

Es decir, el argumento tiene que ser dado en toda su crudeza: una política de integración sólo puede darse en la perspectiva de mejoras económicas y sociales. Hoy ni la gravísima crisis estructural de la economía española ni la propia dinámica del compromiso político y sindical de la oposición están en condiciones de eliminar los costos sociales del proyecto de racionalización económica. La burguesía carece de credibilidad política y económica y la oposición se ata de pies y manos renunciando a su único motor, la movilización consecuyente y dura. Y ello, de parte de la oposición, no sólo porque esa desmovilización es, precisamente, la garantía de su leal colaboración, sino porque la propia experiencia de lucha decantada en las masas trabajadoras con toda seguridad llevaría a trascender los límites de lo que se pueda comprender como «marco de lucha civilizada».

Pacto social: La representatividad real

Tampoco conviene aquí el argumento de los «gobiernos» y los períodos de «unidad o reconciliación nacional», precisamente porque tal argumento (falso, sin duda, pero operante) tiene cabida en una situación social de «ruptura» y no en ésta, que lo es de continuidad institucional y constituyente. Recordemos que tal continuidad está hoy garantizada por el aparato de poder de estado transmitido, y transmitido intacto, por el anterior régimen, que la burocracia administrativa y política aún conserva todos sus recursos, que el aparato represivo no ha sido dañado en absoluto y, en fin, que desde los órganos de expresión pública a los resortes financieros del capital están en la buena salud que los tiempos que corren consienten. Una situación como la que requiere el Gobierno de «unidad nacional» sólo puede darse o en las condiciones específicas de una Francia y una Italia después de la segunda guerra o en las condiciones presentes italianas de un lento y profundo asentamiento de las instituciones de integración y de domesticación de las organizaciones políticas obreras mayoritarias.

El pacto social todavía no es posible: hace apenas unas semanas el presidente del Banco de Bilbao expresaba este hecho con la rotundidad que dan el *cuidado de los negocios*. «Si no encaramos con realismo —venía a decir ante la Junta general— el problema de la paz social, será imposible salir de la crisis en la que estamos inmersos. Es necesario el diálogo abierto y responsable entre todos los «sectores» de la producción; es necesario asegurar un período de expansión productiva, de inversión, de racionalización de nuestros modelos productivos. Y esto representa sacrificios para todos. El pacto social, la cooperación en armonía es esencial si queremos relanzar la economía, si queremos evitar el caos... Es esencial un diálogo abierto con los trabajadores y sus representantes auténticos. El problema es ¿dónde están hoy

esos representantes auténticos?». Cito por libre, claro: el presidente no hablaba de unos representantes cualesquiera. Previamente había hecho una encendida defensa de la libertad sindical. Y era el caso que desde las coordinaciones de delegados de fábrica hasta las comisiones representativas, toda Euskadi palpitaba de esos representantes auténticos. Pero está claro, también, que el señor presidente precisaba una «cualificación institucional» de esos representantes.

Resumo, pues, el contenido de este plano «realista» donde voluntariamente me he situado: la posibilidad de conectar *hoy* con la temática de los Consejos no se debe a ninguna posición romántico-subjetivista-izquierdista, sino que viene impuesta por la propia realidad de la situación económico-política del Estado español, en 1977 y debida al desarrollo mismo de la lucha de clases en su concreción («realistas» como Sartorius, Camacho, Ariza y Cía. no la desprecian, aunque la mixtifiquen). Nuestra primera preocupación, pues, será ubicar tal temática en la coyuntura concreta de transición de la forma estatal de la dictadura franquista a un modelo constitucional «europeísta» de democracia restringida. Pero, además, que esta transición se efectúa en el interior de una profunda crisis económica y social y cuyo *protagonismo* (y éste es un elemento esencial) es realizado por los nuevos agentes de Gobierno de la fracción hegemónica del B. D., en la fase de desarrollo del capital monopolista de Estado.

Tal transición no plantearía ninguna dificultad, habida cuenta de la inoperancia entreguista de la Oposición Democrática (=O. D.), si no fuera por el radicalismo espontáneo de unas masas que, a pesar de su derrota histórica, jamás fueron integradas por los aparatos ideológico-institucionales del régimen. Unas masas que, desde la autonomía de su radicalismo, rechazaron al Sindicato Vertical y montaron auténticas estructuras de lucha y representatividad, basadas tanto en los principios de la democracia directa como en los de su tajante oposición de clase. Pero unas masas que sólo pudieron luchar en la inmediatez de sus intereses, quiero decir, que luchaban por objetivos puntuales de defensa y que, desprovistas, como llegaron inmediatamente a estar, de una auténtica alternativa política de clase, fueron incapaces de imponer una salida institucional más favorable a sus intereses que la que ha establecido la inevitable transformación y continuidad del régimen.

Autonomía y alternativa política global del proletariado para este período

Con todas las contradicciones específicas del modelo político y de desarrollo económico del capitalismo español, con toda su heroica tradición de lucha, el proletariado y el pueblo trabajador del Estado ha carecido de una auténtica alternativa de clase, no ya la que habría

determinado una profunda transformación estructural del propio sistema, sino la que, al menos y más modestamente, habría impuesto la inevitable «ruptura democrática». Lo que impone una primera corrección a todo posterior análisis: la lucha de clases como motor de la historia; es decir, es absolutamente falsa la afirmación de que una crisis del sistema capitalista, por profunda que ésta sea, jamás se resuelve revolucionariamente si no es por la intervención consciente y organizada del proletariado; en ausencia de una dirección política de la lucha de clases, toda crisis es resuelta por los medios propios, ordinarios o extraordinarios de la clase dominante.

Lo que, en el plano de las conclusiones que, posteriormente, demostraré, significa que no es posible confundir ni metodológica ni políticamente los niveles de espontaneismo «autonomista» de la clase con una política autónoma de clase. Y ésta sería mi primera divergencia seria tanto con mi amigo Fernando A. del Val como con los compañeros autores del colectivo *Por la autonomía de los trabajadores* (ver la bibliografía al final). La «autonomía» de los trabajadores no significa:

- a) ni su aislamiento,
- b) ni la carencia de política.

Estoy seguro que los compañeros me objetarán que, por supuesto, al hablar de «autonomía», ellos no excluyen la necesidad de la política; más en concreto, estoy seguro que ellos afirmarán —ya lo hicieron en el debate de presentación pública de su trabajo— que ni su «autonomía» es antipolítica, ni anti-todo-partido, ni, naturalmente, representa una posición anarquista. En todo caso, su posición «consejista» vendría definida y caracterizada por su oposición al leninismo. Y en lo que respecta al asunto del partido, ellos se incluirán en una definición un tanto caricaturesca, por cuanto se afirman a favor de una vanguardia «interna» y no «externa» a la propia clase (alusión a la concepción de partido tal como se desprende inmediatamente de una lectura poco sintomática del *¿Qué hacer?*).

En esa misma presentación del libro de los Autónomos fue otro colectivo, el de *Teoría y práctica*, el que emplazó el debate en los parámetros de su concreción, es decir, situar el debate en la concreción de la actual coyuntura. Y esto es lo que he querido yo hacer: mostrar que en todos estos años de lucha decidida y en esta misma fase de transición el consejismo ha estado latiendo; pero lo ha hecho en la espontaneidad de las asambleas y comisiones que aparecían con carácter puntual las más de las veces, sin alcanzar un mínimo grado de permanentización, siempre con tendencias apenas esbozadas —y, desde luego, no consolidadas— de manifestación política, aunque, por lo general, tales formas de autoorganización venían siempre a desembocar en las líneas explícitas de la lucha económica y aun economista. El consejismo —si por él nos referimos a formas propias de organización y de lucha, a formas de democracia obrera

y popular, a la importancia de la asamblea como el «lugar» político donde las decisiones se toman y se ejecutan— ha sido una constante; pero su falta de implantación política, su permanentización, su proyección estatal se ha debido, fundamentalmente, a la ausencia de una vanguardia efectiva de clase, a la ausencia, entre masas, del proyecto globalizador que integrara tales prácticas en su necesaria dimensión estratégica.

Proconsejismo : El problema de la vanguardia-partido

El hecho de que un conjunto de estas prácticas *proconsejistas* (y la proposición quiere expresar aquí el *sentido* de las tendencias) hayan sido deformadas, hasta hacerlas concluir en lo contrario que expresaba su materialidad histórica (es decir, hasta venir a concluir en un Sindicato más y sólo de «nuevo tipo» por las declaraciones de su nueva burocracia), no es sólo el efecto de unas manipulaciones o la intervención de los partidos en la modificación de su trayectoria, es, más específicamente, el efecto de una política no «autónoma», es decir, es el efecto de la intervención de unos partidos sin voluntad revolucionaria. Si comparamos los soviets rusos con los consejos alemanes diremos que lo que los distingue es la ausencia, en los alemanes, del partido revolucionario. Que yo sepa ningún sector de izquierdas de la época condena la intervención de los bolcheviques y la justeza en la proposición de las líneas políticas de intervención dadas a los soviets, en el momento culminante de la toma del poder. Otra cosa es lo que ocurre con posterioridad al período de «comunismo de guerra»: pero que no se confundan los problemas ni se mezclen los acontecimientos históricos. Un mayor desarrollo de las fuerzas productivas, una mayor cualificación por número y experiencia poseía el proletariado alemán, una crisis política y social semejante: pero en Alemania no fue posible la revolución.

Quien meta en el mismo saco a Lenin con Kautsky olvida las polémicas sobre el Estado, sobre la dictadura del proletariado, sobre las alianzas de éste y, en general, no al «A, B, C» de la revolución, sino la matemática de esta misma revolución. No es una vanguardia «externa» la que establece ante las masas los objetivos del poder en octubre, la que contrapone el Parlamento burgués constituyente al movimiento revolucionario instituyente. Eseristas, mencheviques y anarquistas eran una vanguardia más implantada en los soviets y, sin embargo, es el partido bolchevique el que logra dinamizar a esas masas, él fija y concierta en un único movimiento los mil y un pasos de la táctica revolucionaria, el que logra «unificar» las contradicciones en un estallido único y de única dirección.

No, la autonomía de los trabajadores no significa aislamiento o necesidad de ausencia y/o separación del partido. Necesita «su» partido, en la medida en que este partido garantiza expresamente la permanentización de los

objetivos finales y su combinación con los objetivos inmediatos. La autonomía, entonces, es autonomía política, que no elimina las alianzas ni prostituye el protagonismo de la clase. La clase *debe asumir su función histórica* y éste es el objetivo final de «su» partido, porque toda la teoría del partido se condensa, finalmente, en la efectividad de cómo la clase ha de llevar a cabo esa función de su protagonismo revolucionario. El partido puede y debe *proponer* programas políticos a la clase; pero es ésta la que debe asumir su tarea histórica de organización, dirección y hegemonía del resto de clases y sectores sociales explotados y oprimidos. Ocurre, sin embargo, que el partido puede y debe asumir funciones en situaciones históricas muy concretas, lo que, en absoluto, condena ni a las organizaciones de clase (de las que es su «*expresión*» superior) ni a las organizaciones de masa.

El partido: Dialéctica de su construcción

El partido debe ganarse a las más amplias masas no ya en tanto que puntualmente opuestas al poder burgués, sino, además, ganarlas para una alternativa de poder contrapuesto y antagónico al burgués, es decir, ganarlas *con* y *para* una alternativa de poder estatal. En esa dimensión, el partido no puede reemplazar a los órganos de intervención directa obrera y popular, como no puede «sustituir» y «reemplazar» a los órganos de control, poder y gestión obreros y populares. Al afirmar, por ejemplo, que el partido bolchevique inicia su degeneración en el momento mismo en que ejerce funciones de dirección, se confunden demasiadas cosas de una vez: ¿Aludimos, por ejemplo, a los procesos de dirección que el partido asume en el período del «comunismo de guerra» o a los que se cumplen en el momento del vaciamiento y posterior liquidación de los consejos? No es inútil considerar que el inicio de la liquidación consejista es contemporáneo al proceso de fortalecimiento «institucional» de los sindicatos y a la eliminación del centralismo democrático en el interior del propio partido (cuando se agota la vida y el debate político del partido, cuando se crean los órganos de «especialización» política y organizativa, la policía política, la elevación, de medida excepcional que era, de la cooptación al mecanismo usual de *promoción*).

El partido no puede *reemplazar* a la clase, precisamente porque toda la esencia del partido se agota en proponer todas las medidas —políticas, organizativas e ideológicas— que hagan de la clase la clase dirigente, *la clase estatal*, a la que la emplaza *su vocación y deber históricos*.

Sólo en ese sentido es absolutamente justa la tesis de que el proceso de construcción estratégica del partido coincide con el proceso de transformación de la clase en *clase para sí* (según la expresión de Lukács), en

esa dialéctica tantas veces enunciada y tan pocas veces comprendida que equipara el proceso de construcción-disolución del partido al de construcción-disolución del estado obrero en la construcción del socialismo. También en esa dimensión es como hay que comprender que el partido no puede jugar el principal papel desde el punto de vista *orgánico* (como explicaré), aunque sí le corresponde el *político*. Las masas son las protagonistas de la alternativa revolucionaria de construcción del socialismo; pero la revolución es imposible sin las organizaciones revolucionarias de las masas.

Por lo tanto, hay que distinguir entre el programa político que el partido propone a las masas y el cómo lo propone. Se trata de resolver —en el sentido de «construir»— la estrategia en la táctica y, por tanto, cómo la estrategia es adecuada a los condicionantes de la coyuntura. Se equivocan quienes proponen como solución al problema de relación vanguardia-masas la estrategización continua de parte de la vanguardia de los movimientos de masas. Y se equivocan porque, a fuerza de querer evitar la «intervención» del partido, caen en un idealismo respecto a la emergencia de conciencia de clase. De la sola práctica espontánea de masas no surge la conciencia de clase: el sujeto es el efecto de sus prácticas, de las relaciones sociales que le *sostienen* y de las que propone y, por tanto, *organización-política-práctica de la clase* se refuerzan mutuamente en sus efectos productores de conciencia.

El partido y las tareas de la revolución: Alianzas del proletariado o B. H.

Al afirmar que la autonomía no es, en absoluto, aislamiento estoy proponiendo un nuevo elemento que ayuda a cualificar esa autonomía dialéctica, lo que me lleva a considerar como válido, aunque insuficiente, otro de los elementos que hacen intervenir en su libro los Autónomos. En efecto, no voy a recurrir en este lugar a Gramsci, pero es elemental que el proletariado (especialmente en las sociedades complejas, pero también en sociedades menos desarrolladas) no cumple por sí solo la tarea de asalto al poder ni, en absoluto, el proceso mismo de construcción socialista, aunque sea el único factor determinante y hegemónico. Por supuesto que no pretendo trazar un itinerario posible de la revolución; pero es obvio que el problema está estrechamente ligado a la resolución de las tareas de construcción de las alianzas del proletariado.

Este es un nuevo elemento que se pierde de vista en las soluciones izquierdistas al planteamiento del consejismo y que (¡cómo no!) supervaloran, descualificándolo, los amigos del realismo-posibilismo. Se trataría de la orientación prosocialista de los movimientos de lucha que el capitalismo desencadena, con sus procesos de proletarización permanente.

La formación (también con términos clásicos, aunque hoy actualizados en distintas corrientes políticas de izquierda revolucionaria) del Bloque Histórico (=B.H.), tendencialmente anticapitalista y prosocialista. Lo hemos visto (para el realismo del análisis) en Vitoria y, en general, en todo Euskadi, en las luchas del Vallés, en Valencia, y lo hemos visto (su prefiguración) en las luchas de los maestros y de Roca, y lo hemos visto ahora mismo, ayer no más.

La formación del B. H. (con sus implicaciones para el consejismo) se establece a partir de las contradicciones engendradas por el desarrollo del capital, pero en la resolución de esas contradicciones, en su ordenación a la alternativa histórica representada por el proletariado, lo que, necesariamente, pasa por conquistar, en un proceso de coordinación hegemónica, la coordinación de las luchas, es decir, pasa por ganar los nuevos espacios políticos que desestabilicen la dominación de la burguesía. La tarea del partido en el período de construcción del B. H. es la de consolidar, extender, profundizar, coordinar todos esos movimientos en uno sólo, dotándolo de perspectiva estratégica. Se trata, pues, de establecer la confluencia de prácticas de oposición y lucha, de su unificación y de dotarlas de una dinámica proestatal. Se trata, además, de extraer y potenciar sus elementos anticapitalistas, hacerlos explícitos, agudizando las contradicciones secundarias y positivizándolas bajo la dirección del proletariado. Y todo ello en una única tarea: la construcción de consciencia anticapitalista y revolucionaria a través de las expresiones de la democracia directa.

Pero el cumplimiento de estos objetivos no puede darse en la simple espontaneidad ni en la dimensión «estrategicista», que no cuenta ni con la correlación real de fuerzas ni con el grado de conciencia real existente en cada sector y su reflejo en las aspiraciones y, consecuentemente, en los factores reales de movilización de estos sectores. La debilidad de conciencia, la falta de efectivas mediaciones de confluencia hacia objetivos de control, puede o bien hacer que estos movimientos caigan en el economicismo gremialista o bien precipitar a tales movimientos en derrotas liquidadoras.

No es el voluntarismo o el organicismo lo que puede materializar a esos procesos de confluencia (voluntarismo de la espontaneidad, catastrofismo del «ciego cumplimiento» de las leyes de la historia que llegan a caer en lo que más temen, en una política no cualquiera, sino en una política radicalista pequeñoburguesa; pero también organicismo de las «fórmulas sagradas»: por ejemplo, hoy, cuando la lucha de los enseñantes de Universidad llega a su punto máximo, se pretende hacerla retroceder hacia milagrosas fórmulas de conexión con los movimientos obrero y popular y todo por el sencillo slogan de «Afíliese a X y tendrá la bendita solidaridad de obreros, campesinos...». ¡Estos cristianos que se desconocen!). Faltan

las mediaciones tácticas, la organización consciente y fuerte, la unidad conquistada en la lucha, la decantación de experiencias, la comprensión de las leyes que permiten ir dotando a la acción de una dimensión más y más contestadora del sistema y revolucionaria.

Falta, sobre todo, una posición determinada de clase, porque sólo desde ella es posible la cualificación del movimiento. Se trata de permanentizar y hacer avanzar los elementos de autoorganización y coordinación que aseguren la convergencia en un movimiento único; de permanentizar las formas de democracia directa, de comprender las grietas del sistema y de hacerlo comprendiendo los niveles desiguales de conciencia, las complejidades de la lucha de clases, la eficacia operadora de la ideología dominante, la capacidad de integración del propio sistema. En una palabra, se trata de dotar a los movimientos de masas de los instrumentos orgánicos y políticos que posibiliten la emergencia de su conciencia de clase: lo que implica la vertebración de tales movimientos y desde el protagonismo político de las masas hacia objetivos de dimensión estatal. Y es ésta la práctica que el partido asume en su integridad.

En esa dimensión la política autónoma del movimiento define su política de alianzas. No una política interclasista que permita la prolongación de la dominación, aunque bajo nuevas formas, sino una política de afianzamiento de clase, buscando todas aquellas otras fuerzas sociales que el capitalismo antagoniza en su contradictorio desarrollo. Comprender la naturaleza del reformismo es comprender las limitaciones de la legalidad impuesta y de su claro valor integracionista. Por tanto, el proceso de unidad y confluencia define su autonomía en cuanto al sentido último de las conquistas, es decir, su potencialidad respecto a la construcción de conciencia de clase.

Sin intervención, pues, de las masas (y ésta es la conclusión del análisis precedente) no hay cuestionamiento de la política de continuidad y consolidación de la burguesía. Sin participación de todos los trabajadores, responsable y activamente, en la discusión de sus problemas, en la determinación de sus medios, en la asimilación de las experiencias que desprenden las leyes de la historia, no hay, en absoluto, construcción de conciencia. Sin la valoración consciente de fuerzas, medios y oportunidad no es posible la movilización victoriosa. Y esa función es cumplida por la vanguardia, claro que *interna*, pues ¡pobre de la «vanguardia» retirada en sus cuarteles de invierno!

Proconsejismo y lucha de clases en la actual coyuntura: Unidad-pluralidad

Que se ha dado, pues, todo un conjunto de experiencias proconsejistas en estos años lo demuestra el conjunto de experiencias organizativas que ha

ensayado el movimiento obrero y popular, y ello está probado, hoy mejor que nunca, en la debilidad política de la propia burguesía, incapaz de haberse dotado de los carriles de su propia transición «democrática»; pero también por la propia incapacidad de las distintas fuerzas políticas y sindicales obreras que ni garantizan hoy los mecanismos estabilizadores del pacto social ni son capaces, ninguna de ellas, de establecer su propia hegemonía sobre las demás (lo que no obsta, sin embargo, para que la «transición» sea un hecho consumado).

Las divisiones operadas en el seno de la oposición democrática y, en fin, su ineficacia como estructura de alternativa son el efecto múltiple de una política de pactos y de renuncia a la movilización de masas, con lo que, al no producirse ésta, se demuestra que todo el vacío verbalismo sea la expresión real de una renuncia a la lucha de clases. Y el precio es la impotencia: está por ganar la batalla entre *unidad organizativa-pluralidad sindical* de los trabajadores; hay una descomposición acelerada de los organismos unitario de masas; la propia realidad de los llamados sindicatos «unitarios y asamblearios.» muestra que no son ni pueden dejar de ser otra cosa que los «quintos» sindicatos.

Por tanto, si se considera todo unido, se comprenderá por qué afirmo que, a pesar de todas las prácticas proconsejistas de las masas, pero gravadas por su puntualidad y espontaneidad, el proletariado del Estado español ha estado falto de *dirección política* o, lo que es lo mismo, que el proletariado ha carecido de alternativa de cambio, capaz de aglutinar en torno a sí a todas las capas, sectores y clases sociales interesadas objetivamente en la transformación estatal, con lo que esto no sólo «aplazaba» la constitución del mismo B. H., sino que, además, influía en la consolidación de ese consejismo latente y en la ausencia de su permanentización estratégica.

Desde el populismo de izquierdas, que no comprendía la inviabilidad de su proyecto de desestabilización revolucionaria de la burguesía, cuando, de una parte, le abría crédito con su política de frente-popular y, por otra, pensaba que había elementos suficientes (correlación de fuerzas favorable, burguesía «nacional» antimonopolista, nivel subjetivo de masas pre-revolucionario, como afirmaban) para llegar a la implantación de su modelo todo listo y recién importado (no comprendían, siquiera, la línea de trabajo que marcaba su referencia a la misma revolución cultural..., aunque ésta se diera en la especial traducción china), hasta el revisionismo-populismo de derechas, capaces de dar por absolutamente hecho el proyecto de cambio, negándose a aceptar que el proletariado fuera una fuerza revolucionaria (lo que, sin embargo, han comprendido perfectamente todos los ministros de Gobernación, desde Fraga a Martín-Villa), desde unos a otros, digo, se ha renunciado a desestabilizar el proyecto reformista, para progresar por una vía de compromisos y no de profundización radical.

Por supuesto que un sano realismo tendría que habernos llevado a la comprensión de la débil implantación entre las masas de una política revolucionaria; pero tal constatación no podía eliminar la necesidad de profundizar en las luchas, para orientarlas en una dirección de clase: agudizar las contradicciones objetivas por medio de una intervención política autónoma, lo que habría significado dotarlas de su auténtica dimensión estratégica. Lo que, sin etapismos, pero en la lógica de *un partido de clase* (repito, *lo que ha faltado*), habría determinado la posibilidad real de *un proyecto de democracia radical*, absolutamente desestabilizador del proyecto continuista de la reforma.

Vanguardia y política autónoma de clase: Asamblea y autoorganización

Esto frente a los compañeros que no ven la necesidad del partido: había que precisar las prácticas vigilantes, la intervención consciente de una vanguardia que previniese tanto la radicalización izquierdista-liquidacionista como el derechismo-oportunista y vincular estrategia con táctica en la totalidad de los frentes económico, político e ideológico. Definir la democracia en esa dirección, puesto que entonces tal democracia, sin perder de vista ni el estado de conciencia de las masas ni sus intereses profundos, tal democracia, insisto, habríase decantado en todo un programa de conquistas organizativas, políticas y sociales.

La ausencia de una política autónoma de clase no sólo ha redundado en una pérdida de la necesaria materialización hegemónica de un sistema de alianzas para el proletariado, sino que, además, y en cierto sentido, se ha manifestado como pérdida global de conciencia política.

La inconcreción de una táctica general del proletariado para este período le ha llevado a no ser capaz de profundizar en las contradicciones del sistema. Y esto se ha concretado en un retroceso general, en un apoliticismo pernicioso, en una conciencia no ya anti-partido, sino, lo que es más grave, en una posición *anti-todo-partido*. Con los efectos que esto tiene a todos los niveles (véase, si no, qué perspectivas tiene —se entiende, *estatal*— las luchas radicales del País Vasco, con tantos y tantos factores positivos como se dan actualmente en su lucha antirrepresiva).

Si no se aceptan estos elementos críticos se cae en un «marxismo» de corte catastrofista y, por lo mismo, en una concepción estalinista del partido (es curioso, pero el infierno está empedrado de buenas intenciones, que decían nuestros mayores). Porque lo que debe cuestionarse son los medios para la materialización de una política de *independencia*, lo que, en nuestra coyuntura, habría significado *potenciar revolucionariamente la democracia*.

En la ausencia de esa política independiente de clase lo que se posibilita

es la implantación de una política pequeñoburguesa radicalista y claudicante (que recuerden nuestros amigos anarquistas las experiencias del 1934, 1936-37 y lo que entonces fue la crítica y el llamamiento apasionado del P. O. U. M.). Esto es lo elemental del marxismo de los factores objetivo-subjetivos:

- lucha de clases como principio irrenunciable;
- independencia de clase, pero confluencia con otros sectores también antagonizados por el capital;
- estrategia en la táctica o *el problema del poder*.

No sólo porque la contradicción fundamental se expresa, además, en las secundarias y las determina, sino, además, porque de ahí saca toda su savia revolucionaria la política de alianzas y el sentido de la hegemonía del proletariado. Pero, a la vez, porque, contra el trotskismo, el capitalismo, sin un ascenso consciente de la lucha de clase, encuentra siempre salidas a sus crisis, si no existen las mínimas condiciones políticas y organizativas que sirvan de *corrector* a la espontaneidad economicista de las masas (y aquí sí tiene sentido la crítica contra la concepción de partido del trotskismo: el partido no es el factótum que posee la verdad de la justa línea y que sólo precisa de un ascenso no cualificado de la combatividad de las masas. Esa es su vieja lacra y lo que le lleva a los bandazos que van desde su estrategismo-fatalismo al oportunismo-entrista). Este corrector es proporcionado por el partido no sólo en la medida en que prevé la resolución de todas las contradicciones en la alternativa histórica que representa el proletariado, sino, más especialmente, en la medida en que dispone los medios de totalización de las diversas tácticas en su perspectivización estratégica y en su combate consecuente por poner, a la orden del día, los principios de auto-organización y de democracia directa. Lo que, en definitiva, pasa no por un etapismo, sino por conectar *lucha democrática con lucha por el socialismo*, confluencia de las distintas contradicciones en su matriz fundadora, resolución de las luchas con la perspectiva proestatal que se expresa, objetiva e históricamente, en la materialización de las estructuras de control que eliminan el economicismo y ponen las bases para un cambio fundamental en la correlación de fuerzas.

Contra el espontaneísmo, pues, el realismo de la comprensión materialista de la historia, sus procesos y sus fuerzas fundamentales: la clase organizada, la determinación materialista de los procesos constructores de conciencia, la ofensiva de clase (aunque esta ofensiva tenga que revestir, en ocasiones, las características de «guerra de posición» o de repliegue ordenado). Lo repito, no hay emergencia espontánea de la conciencia de clase. Así, un hombre de las Plataformas Anticapitalistas de Vitoria nos dice: «La asamblea, como embrión fundamental de la organización de clase tiene, como efectos, las siguientes características:

- lugar "político" de información y valoración ;
- lugar donde se exponen, por medio del análisis riguroso, las leyes de la situación objetiva y donde se realiza el debate político;
- lugar de formación y elevación de conciencia, donde las luchas adquieren contenido político, donde la racionalidad permite desprender las causas de la explotación obrera y popular;
- lugar de organización;
- lugar de la decisión.»

Democracia directa y conciencia de clase

Pero, tras este análisis, ¿la situación no desprende una valoración absolutamente negativa? Y, si es así, ¿sigue teniendo cabida el debate sobre los consejos y a fin de cuentas su relación con el partido? ¿Es posible hoy una práctica consejista y, en definitiva, su permanentización? ¿Es factible tal práctica en una pura autonomía, supuesto que de todo lo anterior tendría que desprenderse que hoy no existe el partido capaz de cumplir tales objetivos revolucionarios?

En primer lugar, lo que he pretendido es sentar plaza de «realista», y, lo que para mí es mucho más importante, he tratado de establecer las coordenadas que me permitieran conectar la táctica con la estrategia (repárese bien en esto, no *resolver* la estrategia en la táctica, sino construir la estrategia en la táctica. En segundo lugar, es necesario distinguir la acepción que hayamos de tomar de «autonomía» y, consecuentemente de «autoorganización».

De una parte, precisar qué papel juega la organización con las prácticas y la construcción de conciencia de clase; igualmente, subrayar el elemento esencial de la totalización de las diversas prácticas de clases y sectores sociales agredidos por la antagonización progresiva que determina el desarrollo del capitalismo, totalización que se expresa como B. H., hegemonizado por la única clase con vocación y destino estatal (discúlpeleme el impresionismo de la caracterización), es decir, el proletariado. De otra, clarificar el concepto de «política independiente de clase» y ello en estrecha conexión con el elemento de «*democracia directa-democracia obrera*» y su permanentización.

Mi tesis se resume en afirmar que hay una política autónoma de clase, que no es espontánea, que, precisamente, es la que posibilita y se desprende de la autoorganización, que permanentiza a ésta en un proceso único y complejo, de cuyas prácticas se construye la conciencia de clase, cuya manifestación dialéctica es lo que consiente la «superación» de las funciones

de la autoorganización, que pasan, de ser las de defensa y lucha, a partir de la necesidad de resolución de las necesidades económicas, hasta las de control, poder y gestión.

Cuestiones metodológicas

Tesis que implica precisiones de orden metodológico: no se confunde un comité de huelga con un consejo de fábrica y, mucho menos, con un consejo obrero. Entre tales órganos hay un hilo conductor: la democracia directa. Pero, también, un fundamental elemento diferenciador: la mediación de sistemas de fuerzas distintos para cada situación social, que van desde la simple lucha y victoria posterior en una fábrica o en un sector productivo hasta la situación de *doble poder* que caracteriza a la situación pre y revolucionaria.

Si se trata de comprender toda la riqueza de las prácticas pro-consejistas y consejistas es inexcusable la referencia a la correlaciones de fuerzas, al nivel de combatividad de las masas, a la profundidad de las crisis de las formaciones sociales en las que se da y, en fin, al nivel de conciencia que expresan desde los objetivos hasta las formas de lucha. Por tanto, cuando nos referimos a prácticas «proconsejistas» o «consejistas», estamos aludiendo a unas situaciones históricas concretas, a unas relaciones y a unas alianzas de clases, a unos niveles determinados de conciencia, a unas experiencias del movimiento obrero y popular y a la aplicación a tales experiencias del propio materialismo histórico, lo que se materializa en una táctica zonal y global de extraordinaria complejidad. Porque es sólo en esa malla histórica donde cobra sentido el debate consejista; porque es sólo la inversión del materialismo histórico sobre su propia práctica lo que legitima su capacidad creadora, su carácter de guía consciente de la acción y, por tanto, donde manifiesta su especificidad dialéctica la relación *práctica-teoría-práctica*.

Es decir, si no se introducen los correctores del materialismo histórico (=M. H.), tanto en el tratamiento del partido como en el de la propia historia del M. O., el marxismo se queda reducido a su dimensión positivo-empirista o, lo que es lo mismo, se convierte en esa instancia dogmática que es la característica del marxismo ideológico.

Consejismo y sus expresiones históricas: Contra el organicismo oportunista y su actualidad táctica

El consejismo, pues, no se confunde con toda práctica puntual espontánea, en la que las masas recurren a los medios más inmediatos y directos de su lucha reivindicativa. Puede traducir desde una ausencia de organización a

una desconfianza radical en la organización impuesta o a los modos de dirección. Frente al sindicalismo, el consejismo (que puede compartir con él el mismo espacio histórico) se sitúa en un espacio político diferente (otra cosa es la situación histórica, donde un nuevo sindicalismo, aún no consolidado, disputa *el mismo espacio político*, así en las situaciones de crisis social profunda o en los procesos de ruptura con situaciones de dominio burgués excepcional: las dictaduras fascistas). El consejismo, aun en su dimensión de «consejo de fábrica», posee ya esa *orientación o tendencia hacia el poder* (no se olvide que el *control* es la primera manifestación consciente de rechazo del sistema), manifiesta la voluntad organizada de la pretensión hegemónica del proletariado. Pero *todavía* no es ni el asalto ni la toma del poder ni, mucho menos, el poder mismo. Por tanto, entre los consejos de fábrica y los consejos obreros media toda la dinámica de construcción del B. H. (homogeneización y hegemonización de las contradicciones engendradas por el capitalismo por una política autónoma de clase) y la dialéctica misma de la revolución. Pero, supuesta esa precisión, sí es preciso enfatizar que el consejismo se opone de raíz al sindicalismo: en su «composición estructural», en su dinámica interna y externa, en sus funciones y en sus tendencias objetivas y subjetivas. El consejo de fábrica construye las condiciones históricas de enfrentamiento político y organizativo al sistema y, por lo mismo, establece ya un conjunto de mediaciones capaces de materializar la alternativa estatal del B. H. Pero estas mediaciones son posibles sólo en la medida en que la organización consejista se estabiliza y centraliza, «*impone*» su legalidad y materializa, por tanto, su conquista de libertades políticas superiores (así, la autoorganización *desestabiliza* el poder burgués en su mismo centro vital, lo que *tendencialmente* le convierte, al consejo, en órgano de poder).

El proconsejismo se instala en otro plano de la lucha de clases: lucha económica y política, lucha ideológica que *contesta* los elementos de integración, que se construye contradictoriamente y en el marco de las tareas que impone la necesidad de la conquista de las más elementales libertades políticas. Lucha por la unidad frente a la ofensiva política burguesa y a los intentos de divisionismo que pretende establecer el pluralismo sindical. Compréndase bien este elemento: la burguesía, en su ofensiva, intenta hacer retroceder a los trabajadores imponiéndoles una forma de organización. El Sindicato Vertical español fue dicha forma para un período histórico. Hoy las necesidades del cambio político, imponen otras y cuyo meridiano se sitúa en la necesidad de división.

La mentira ideológica se esconde en la falsa alternativa *unidad-libertad*. No es sólo la cuestión del integracionismo de las reivindicaciones populares en el marco de una reforma económica, desesperadamente necesitada de una racionalización (política de inversiones, congelación de salarios, codificación del despido libre, etc.): es, en lo fundamental, porque es el elemento determinante de solución a la crisis económica, la necesidad de restricción

de las libertades políticas (limitación del derecho de huelga, ilegalidad de los medios de defensa de la misma, legalización *condicionada* de las organizaciones políticas de izquierda y ley electoral, junto con la permanencia, no se olvide, de las estructuras intactas del Movimiento Nacional).

No se puede hablar de libertad cuando la unidad es su garantía y, mucho menos, encubrir, con los velos inconsistentes de tal libertad, las restricciones, los compromisos que impone la concertación del pacto social. La trampa gremialista, divisionista y su dimensión política (=perpetuación del dominio de la burguesía) se esconde en esa falsa libertad. Es el derecho de organización, y son las expresiones reales de este derecho (asambleas y movilizaciones) las que han de determinar el sentido de la libertad. Pero esta libertad que se ha de conquistar sólo es posible, hoy, desde la unidad, desde la autonomía de clase, que no es sino la existencia de la política que defienda hoy (y para mañana) los intereses históricos de los trabajadores.

Porque todavía no existe esa conciencia de clase, porque hoy sólo es posible la unidad sobre la base de los acuerdos entre organizaciones, es por lo que debe ser rechazada la propuesta consejista, nos dicen los partidarios del compromiso. Es por ello por lo que se impone la fórmula del sindicato. Se olvida, de nuevo, la lección de la historia y de la historia más inmediata: la conversión de CC.OO., por ejemplo, en sindicato, el desgarramiento de las fuerzas minoritarias «unitarias» (?)... Pero se olvida algo más importante: léanse los programas de estas fuerzas de hace algo así como un año (como veis, corto lo fío) y se advertirá que, tras su propuesta de sindicato, se proponía toda una posición táctica general (gobierno provisional, república, etc.). Está claro que la consecuencia política de esos programas hoy nos tendría inmersos en una situación pre-revolucionaria.

Hay un grave error: separar el nivel de conciencia de las masas y la progresión dialéctica de las formas organizativas en que se encuadran tales masas. El sindicato no resuelve ninguno de los problemas planteados por la política autónoma de clase, por la necesidad del B. H., por la construcción de conciencia de clase. En esta dimensión es esencial potenciar la unidad orgánica política del M. O. y P. O.

Además de que, en la hora presente, el sindicato no responde a ninguna de las necesidades históricas de las masas; lo que se está propiciando, por parte de las vanguardias «internas» o «externas», es el posibilismo sin salida, el oportunismo de partido (y aquí sí que estoy de acuerdo con la crítica a los partidos actuales, más preocupados por ser partidos «*de*» o «*del*» gobierno que de atender a las exigencias de su razón de ser).

Concreción táctica del consejismo

El núcleo central del debate, pues, yo lo situaría en un doble eje: con toda crudeza ¿se puede ser leninista y, a la vez, consejista? ¿Se puede, en la necesidad de este momento histórico, dar *operatividad táctica* al consejismo? De nuevo se nos impone una corrección metodológica: cuando se habla de los consejos se impone una nueva precisión de conceptos, en la línea de no confundir dimensiones estratégicas con sus concreciones tácticas. Así, recientemente se nos emplazaba a una definición:

Los consejos, ¿órgano de insurrección?
¿órgano de poder?
¿órgano de autogestión?

Pero donde yo veo toda la riqueza del problema e, incluso, los principales elementos de avance a la resolución de la contradicción vanguardia-masas, es en esta otra pregunta más simple: ¿Son posibles los consejos en una situación no pre ni revolucionaria? ¿Son posibles en una coyuntura *políticamente* desfavorable al proletariado, en la que la perspectiva de revolución socialista *objetivamente* se haya alejado? No contestar a esta pregunta significa caer en el más puro y estéril de los teoricismos: en todo caso, no contestarla significa dejar todo el campo a los partidarios de una concepción estalinista del partido, tanto por la derecha como por la izquierda.

Para mí no toda práctica de autoorganización desemboca en formas de tipo consejista, aunque toda práctica de autoorganización sí es, tendencialmente, una práctica unitaria, política y, por lo mismo, pro-consejista. Tampoco el consejismo, si no, igualmente, de manera tendencial, desemboca necesariamente en las relaciones de carácter revolucionario. En esta dinámica, las formas de autoorganización sólo pueden definirse como proconsejistas en la medida en que presentan un conjunto de rasgos más o menos definidos:

- formas de democracia directa: asamblea y su permanentización en las comisiones representativas y en las asambleas de delegados;
- libertad de tendencias, pero unidad de clase (el trabajador tiene todos los derechos en el movimiento por su condición de tal y no por *afiliación*);
- conexión entre los aspectos económicos y políticos de la lucha;
- prefiguración, en las tablas reivindicativas (que se elaboran *en* la misma asamblea), de futuros elementos de *control* sobre las propias condiciones materiales de trabajo;
- intentos de coordinación con otros sectores;

— etcétera.

Si el papel esencial del consejismo es abrir el proceso de lucha política abierta contra el Estado y por el poder, el problema clave de las tendencias proconsejistas estriba en la estabilización de las libertades conseguidas, en pasar de la concepción de una estructura organizativa como instrumento de lucha puntual a la imposición de tal estructura, a su centralización cada vez superior; en potenciar, en su interior, el debate político abierto, en la unificación de todas las prácticas unitarias y directas, en la necesidad de trascender el marco estricto de la fábrica, de la zona, de la rama, en la determinación a conquistar nuevas condiciones de vida, para lo que el movimiento de control obrero tiene que tender hacia su prolongación social o ciudadana (barrio, escuela, seguridad, etc.).

Evidentemente, tales conquistas sólo son posibles si partimos del nivel real de conciencia de los trabajadores, si valoramos conscientemente la disposición combativa de las masas y sus medios efectivos, si agudizamos las contradicciones, si establecemos correctamente los objetivos, si se analiza con suficiente rigor el conjunto de tareas que impone la conquista de libertades y su materialización concreta.

Como se ve, el elemento diferenciador no estriba sólo en la posibilidad de potenciar fuertes movimientos unitarios, sino en el contenido mismo de estos movimientos. En las notas y el contenido político de democracia directa de las organizaciones de lucha y en los objetivos de la movilización. Su estabilidad se manifiesta en la permanencia de tales estructuras en los momentos de reflujo y su dinámica de control es lo que garantiza la imposibilidad de su integración. Sólo así es posible hablar de «consejos de fábrica, barrio, escuela».

Y, en esa medida, son prefiguraciones de manifestación superior, en cuanto que dejan de ser simples instrumentos de reforma o mejora, para situarse como verdaderas vías de transformación económica, política y social. En definitiva, lo que caracteriza a estas organizaciones «autónomas» en su naturaleza de clase no es su grado de espontaneidad, sino el nivel de conciencia que reflejan, al superar la disyuntiva sindicato-partido (=lucha económica-lucha política), reforma-parlamentarismo, contestando, por lo mismo, de raíz al sistema que los explota y oprime.

Ciertamente que, cuando hablo de tal disyuntiva, no me estoy refiriendo en exclusiva al rechazo del burocratismo y sustituisimo que tales instituciones (sindicato y «partidos») son capaces de segregar, sino a la comprensión del carácter que reforma-parlamentarismo tienen *como funciones* que son del sistema de dominación de la clase antagónica. Que en el curso de una lucha reivindicativa la autoorganización fije objetivos superiores, de orden político, ello es expresión de un determinado nivel de conciencia, sí, pero, además, es también una *práctica de clase* que,

cumpléndose, se convertirá dialécticamente en un nuevo nivel de conciencia. Tal salto cualitativo se producirá únicamente en la medida de su antirreformismo, de su antiparlamentarismo: en una palabra, en la medida en que la movilización se exprese como política, como *práctica política de clase*.

Espontaneidad radical y prácticas proconsejistas en el M.O. y P.

¿Son posibles tales prácticas hoy? Si convenimos en el examen del conjunto de luchas que se están llevando a cabo, luchas que se canalizan por estructuras de autoorganización, que poseen claros elementos antirrepresivos y de solidaridad; si atendemos a la imposibilidad de las centrales de frenar estos movimientos y aun de capitalizarlos; si atendemos a la profundidad de la crisis económica y a sus efectos sobre las condiciones materiales de las masas populares; si se analiza todo el sistema de contradicciones que el proceso de reforma política lleva aparejado, más sus ulteriores repercusiones en las necesidades de racionalización del modelo económico (política de inversiones, inexistencia de una política fiscal efectiva, privilegios aduaneros a la inversión extranjera, elevación del paro, etc.), tenemos que concluir que sí.

El tipo de prácticas espontáneas sólo son tendencialmente proconsejistas. Su espontaneidad alude, entonces, a una ausencia esencial: la de una política auténtica de clase y, consecuentemente, la ausencia de un potente partido de los trabajadores, capaz de «orientar» esas prácticas a su dimensión consejista superior. Un partido no vanguardia externa de la clase, sino «parte» de esa clase, interiorizada en sus organizaciones de lucha y control; un partido que no insuma la conciencia de clase, sino mediador de los procesos de su construcción. Un partido que se construye en la dialéctica misma que convierte a la clase en clase para sí, desde la multitud de procesos que materializan su transformación. Si el consejo de fábrica «adelanta» ya los elementos de la gestión obrera, en la transformación de las relaciones sociales de producción, el consejo obrero es la voluntad decidida y consciente de construcción de un nuevo Estado.

Esta dialéctica del consejismo se inscribe en la necesidad de construir, desde los movimientos de base, las nuevas organizaciones de clase, y ello no por un decreto imperial, sino, precisamente, porque hoy la conquista de las más simples reivindicaciones materiales *impone* la necesidad de conquistar nuevos espacios políticos. Que nadie nos tache de utópicos: la marcha misma de la historia en nuestro Estado está ofreciendo claras muestras de hasta dónde quiere llegar la clase dominante. El consejismo no nace jamás en los períodos de consolidación burguesa o simplemente revolucionaria: nace en las grandes crisis sociales (Rusia, Hungría, Alemania, Italia, Polonia), y nace no porque se sitúe ante las masas el

relumbrón de la revolución completita, sino porque se precisa de una transformación social que dé satisfacción a las necesidades más elementales.

Si lo queréis —y éste es el gran toque del problema—, el consejismo se impone en los momentos en que, unido a una serie de tradiciones de lucha, unido a la voluntad consciente y políticamente autónoma de una vanguardia de clase, el sindicato es incapaz de cumplir sus propias tareas institucionales, cuando el sindicato no puede asumir su propia lógica contractual y, consiguientemente, integradora. Salta entonces el espontaneísmo radical de la autoorganización, que desborda los límites que el sindicato (*función del sistema*, no se olvide) trata, necesita imponer. Espontáneamente, tal desborde es político, naturalmente; pero en ausencia de una vanguardia efectiva, la politización del movimiento acaba diluyéndose, en la medida en que no se establecen el conjunto de mediaciones que la lucha necesita para abocar al problema del poder.

Consejismo y poder obrero popular

El revisionismo siempre ha negado que estos organismos de masas puedan pasar de órganos de lucha a órganos políticos de poder. Condiciones objetivas —nos dirán— lo impiden. Pero ésta es, evidentemente, su caracterización, quiero decir, la del revisionismo.

Por supuesto que el problema se inscribe en el dilema «*reforma o revolución*», pero que no se pretenda que tal dilema lo instalamos nosotros, los «consejistas», en el inmediatez de una resolución salida el diablo sabe de dónde. Decimos, y lo decimos «*empapados de realismo*», que desde las necesidades más urgentes de la clase a sus reivindicaciones más sentidas su satisfacción es, *hoy por hoy*, tarea política que ni el sindicato ni los partidos oficiales de la leal O. D. pueden cumplir. Que la solución y la satisfacción económica de las masas populares requieren de una táctica política que sólo los trabajadores en su conjunto pueden asumir. Esta unidad, estas prácticas económico-políticas es a lo que nosotros llamamos «proconsejismo», desde sus niveles más bajos a sus aspectos más conscientes. Y la tarea de su consolidación es lo que definimos como la tarea esencial de la izquierda revolucionaria para este período.

Somos conscientes de que la consolidación de estas prácticas de clase será el efecto de procesos muy contradictorios: obra de una vanguardia que se cualificará por el proyecto de su política; pero, consecuentemente, obra de las propias masas trabajadoras que tienen que alcanzar el máximo grado de protagonismo, y esto porque esa vanguardia si por algo debe definirse es por asegurar la táctica que materialice la estrategia de autonomía de la clase. En ese sentido, repito, el partido se construye «*interiorizándose*» en la clase,

materializando el proyecto de B. H. Todo ello, *hoy*, porque la única tarea efectiva es la consecución de las libertades, sin etapismos, pero sin compromisos liquidadores.

Aunque está suficientemente expuesto, insisto en la necesidad de que el debate lo centremos en la dialéctica no sólo partido-clase, sino también en la que se establece en los distintos planos de manifestación del consejo y su relación con la conciencia construida y las tareas de la revolución, distinguiendo, en consecuencia, entre las dimensiones tácticas y estratégicas del consejo.

Partido y clase

Mi exposición sería incompleta —aun en el terreno polémico en que voluntariamente me sitúo— si no hiciera alusión, al menos, a los problemas de la relación partido-clase. Si el consejo asume las dos funciones, económica y política, y ello en una perspectiva contrainstitucional, al hacer inútil al sindicato, ¿no hará lo mismo con el partido? Ya he dicho que el argumento se basa en la consideración del partido como «vanguardia externa», como «conciencia» separada, como hipóstasis suprema de la clase. Una variante sería la de considerarlo como «la dirección política que, desde el exterior, madura la situación revolucionaria» y, por tanto, da la orden de insurrección.

Como se sabe, tal argumentación procede de una vieja oposición de izquierda al bolchevismo, oposición que pretende tener sus cartas de garantía en una tradición que va de la Luxemburg a Pannekoek, pasando por Korsch, Gorter, Cardan, Mattick, etc. Habría que hacer, con todo, una especie de «psicoanálisis materialista» donde los fantasmas, las impotencias, las represiones y censuras nos indicarían el «lugar» del deseo. Tradición, por otra parte, de la más honda amargura, en el interior del propio marxismo. Luxemburg se sitúa frente a Lenin, ya en el origen de la polémica, y Trotsky llegará, por caminos distintos, a posiciones que, en el fondo, conectarían, en determinados extremos, con las del propio Stalin (sería interesante revisar la totalidad de correspondencia entre Trotsky y Nin).

Cuando en la polémica clásica se contraponen «consejismo» más «vanguardia interiorizada» (sigo manifestando mi asombro) a partido, lo que se cuestiona es la validez de la forma de organización «superior», y ello en la perspectiva que dan unas experiencias insuficientemente analizadas. Como dice Chris Harman, las experiencias que maneja esta tradición izquierdista son, precisamente, las que corresponden a la experiencia socialdemócrata alemana y al estalinismo (experiencias, como he dicho, en las que la revolución es, primeramente, aplazada y eliminada después o es

traicionada, en la forma del capitalismo de Estado, con la política de los Frentes Populares de la década de los 30, la admisión y sanción del *statu quo* de las zonas de influencia, después de la Segunda Guerra Mundial).

Trotsky (II Congreso del Comintern, respuesta a Paul Levi) insistía en la necesidad del partido, si es que auténticamente los trabajadores, con el proletariado a su frente, pretendían *cumplir* con la misión histórica que les competía. Por otra parte, si se repasa el material teórico e histórico del período, se advierte que ni aun en las «oposiciones de izquierda» más radicales se cuestiona la necesidad del partido, aunque lo que sí se realiza es la crítica de la pérdida del carácter de clase del partido, de su «voluntad» revolucionaria (por ejemplo, los escritos de Pannekoek del año 1920) y, en todo caso, la incorrecta «bolchevización» (en su puro sentido localista) que intenta establecer por todos los medios la III Internacional («bolchevización» sobre la base de los principios de «defensa del socialismo en un solo país», burocratización interna del partido, eliminación de los soviets, economicismo, etc.).

Política socialdemócrata y política revolucionaria de la espontaneidad

Lo que desde el primer momento caracteriza a la socialdemocracia es su insistencia en el puro carácter organicista del movimiento, en la necesidad de apoyo electoral que el partido necesitaba; en definitiva, su carácter conservador, manifestado esencialmente, en el tema del poder, como se demostraría posteriormente a propósito de la polémica sobre el Estado. Electoralismo y defensa del carácter neutral del Estado (olvidando incluso el prólogo de 1872 al «Manifiesto») junto con una concepción puramente defensivista del movimiento de masas (lucha entre los sindicalistas del partido y Rosa Luxemburg con motivo de la concepción de la huelga general): el desarrollo inevitable del capitalismo provocaba el desarrollo ineluctable de un partido obrero de masas, con lo que *fatalmente* se alcanzaría el momento de apoderarse del Estado y aplicarlo al «recto» ejercicio de su función natural (?).

El marxismo se convierte en una «ciencia» rigurosamente positivista, de la que el partido es el guardián e intérprete infalible: leyes de hierro gobiernan la historia, hasta el punto de que la transformación social será el efecto de una *necesidad inevitable*. En todo caso, la huelga general era un instrumento revolucionario que sólo podía ser utilizado en una situación revolucionaria, la que a su vez, estaba determinada por la fatalidad de las leyes sociales (Kautsky, en 1905-1906). El peso cada vez superior de las clases trabajadoras hace que el parlamentarismo comience a cambiar de signo, de manera que deja de ser un instrumento en las manos de la burguesía, para pasar a ser el medio que permite *al* partido socialdemócrata alcanzar la mayoría y, *consecuentemente*, a formar el gobierno que posibilite el paso a la construcción del socialismo.

Lo fundamental para la socialdemocracia es que el partido «representa» a la clase, de manera que si el marxismo es una ciencia dada de una vez por todas y sus cultores los miembros del partido, queda absolutamente fuera de dudas que, fuera del partido, no puede haber conciencia. Por supuesto que, en la medida en que el partido socialdemócrata abandona el concepto de «dictadura del proletariado», de lo que se trata es que el Gobierno es «realizado» por el partido representante, pero en absoluto por la clase (el argumento es el mismo en Stalin: poder del partido = poder de la clase, dictadura del proletariado = dictadura del partido). La clase «delega» en el partido y los sindicatos, que, con toda paciencia, esperan la consumación de los tiempos.

Rosa Luxemburg discrepará de este planteamiento: la llamada «teórica» de la espontaneidad (en otra ocasión tendré ocasión de discutir esta etiqueta) no duda en el carácter revolucionario que puede adoptar la huelga de masas; su espontaneísmo se basa en la afirmación de que, en una situación revolucionaria, aparecen mil factores que complican, enriquecen y transforman la realidad. Pero ella no cree en el fatalismo de los acontecimientos: sin negar el esencial determinante de los hechos objetivos, sin negar que el protagonismo revolucionario sólo puede ser ejercido por las masas, no duda en afirmar que el partido puede, *debe preparar la situación revolucionaria*, adelantarse al curso de los acontecimientos, «buscar precipitarlos». «No lo logrará lanzando al azar, y no importa en qué momento, oportuno o no, la consigna de la huelga, sino más bien haciendo comprender a las capas más amplias del proletariado que la llegada de un período semejante es inevitable, explicándoles las condiciones sociales internas que conducen a ello, así como sus consecuencias políticas» (Luxemburg). La tarea de la vanguardia ha de consistir en dar las consignas de lucha, en orientar la táctica política, de tal manera que en cada fase y en cada instante de la lucha sea movilizadada la totalidad del poder revolucionario. Es decir, la tarea del partido consiste en «hacer necesario» el momento de la huelga: hacer «objetivos», pues, los elementos «subjetivos».

La mal llamada «espontaneidad» luxemburguista responde a su combate concreto contra la burocracia del partido socialdemócrata alemán: no duda de la eficacia de la organización, pero discute que el momento revolucionario pueda ser algo perfectamente orquestado en todos sus aspectos; un movimiento revolucionario ni resulta de la pura espontaneidad de las masas ni se presenta bajo la llamada del partido, sino que *se desprende en determinadas condiciones históricas*. La gran parodia hecha de la Luxemburg (como la de Lukács, como la de otras corrientes de la izquierda revolucionaria, todas ellas debidas a las deformaciones del estalinismo militante) es considerarla bajo el prisma de una simplicidad espontaneísta que, en absoluto, se encuentra en ella. Lo que la Luxemburg combate es la expresión fatalista de un marxismo muerto (recordemos al Gramsci de la revolución «contra *El Capital*», al Korsch del primitivo «Marxismo y Filosofía», al Lukács de la razón subjetiva, al Lenin del

combate a muerte del mecanicismo populista y menchevique), la negación de la acción consciente. Para la Luxemburg la espontaneidad no excluye la dirección consciente, sino que la necesita, como su complemento de cumplimiento. Unidad de las masas y de su vanguardia, adaptación de ésta a aquéllas. Aquí se encuentra la concepción del partido que late en esta gran revolucionaria.

Pero, sobre todo, los grandes opositores consejos-partido a quien tienen bajo su mira cuando hacen la crítica de la «dictadura del partido» es a Lenin. No es posible aquí exponer toda la concepción de Lenin sobre el partido (presente, por otra parte, en un libro que preparo sobre *Consejos y partido*). Con todo, es necesario situar la crítica que, justamente, se sitúa en la «disfunción» del partido y no en su necesidad. Hay que afirmar, con todo rigor, que entre el *¿Qué hacer?* y *Las tesis de abril* media no un abismo, sino que hay la continuidad de un hilo conductor que va engarzando toda la complejidad dialéctica de la lucha de clases del período, hasta su eclosión en octubre. Si algo hoy es evidente es la decidida vocación revolucionaria del partido bolchevique, la inquebrantable voluntad consciente del dirigente que consigue, finalmente, no ya «interpretar», pero disponer la historia, asumida en su estricto compromiso por la clase de vocación estatal, el proletariado.

Lenin señala a menudo, en la intensidad de sus luchas en el seno del partido, que las masas estaban «a la izquierda» del partido, que éste se había quedado, en ocasiones, a la zaga de la historia. Lenin subrayará la importancia de la teoría y, en relación a ella, la necesidad del partido como mediador. Pero no basta con repetir la cita más conocida: «Sin teoría revolucionaria no puede haber práctica revolucionaria», sino que es imposible no aceptar que toda la obra de Lenin rezuma la experiencia de los hechos: «Sin práctica revolucionaria, en absoluto existe teoría revolucionaria.»

El partido, para Lenin, se distingue efectivamente de las organizaciones de masas, como se distingue la formación de clase: es del orden de los hechos la desigualdad de conciencia entre los obreros, su distinta comprensión de las relaciones sociales, en la medida en que la penetración de la ideología burguesa es también un hecho, en la medida en que se da la opacidad histórica de los hechos. La *potencialidad* revolucionaria de las masas no es ya su *acción* revolucionaria. Como afirmaba Gramsci, «no existe en la historia la espontaneidad pura; tendría que coincidir con una simple acción mecánica. Aun en los movimientos más espontáneos existen elementos de dirección consciente incontrolables...».

Para abrir la polémica...

Pero no se trata de contraponer citas a citas: Marx indicaba que el problema de la organización de un partido revolucionario sólo podía

abordarse a partir de una teoría de la revolución. Por tanto, la necesidad del partido no se establece en un debate organicista, sino a partir de los problemas de estrategia y táctica, de la naturaleza y la esencia de la organización, de sus principios de funcionamiento, de su concepción de las tareas objetivo-subjetivas a las cuales remite la propia práctica organizativa.

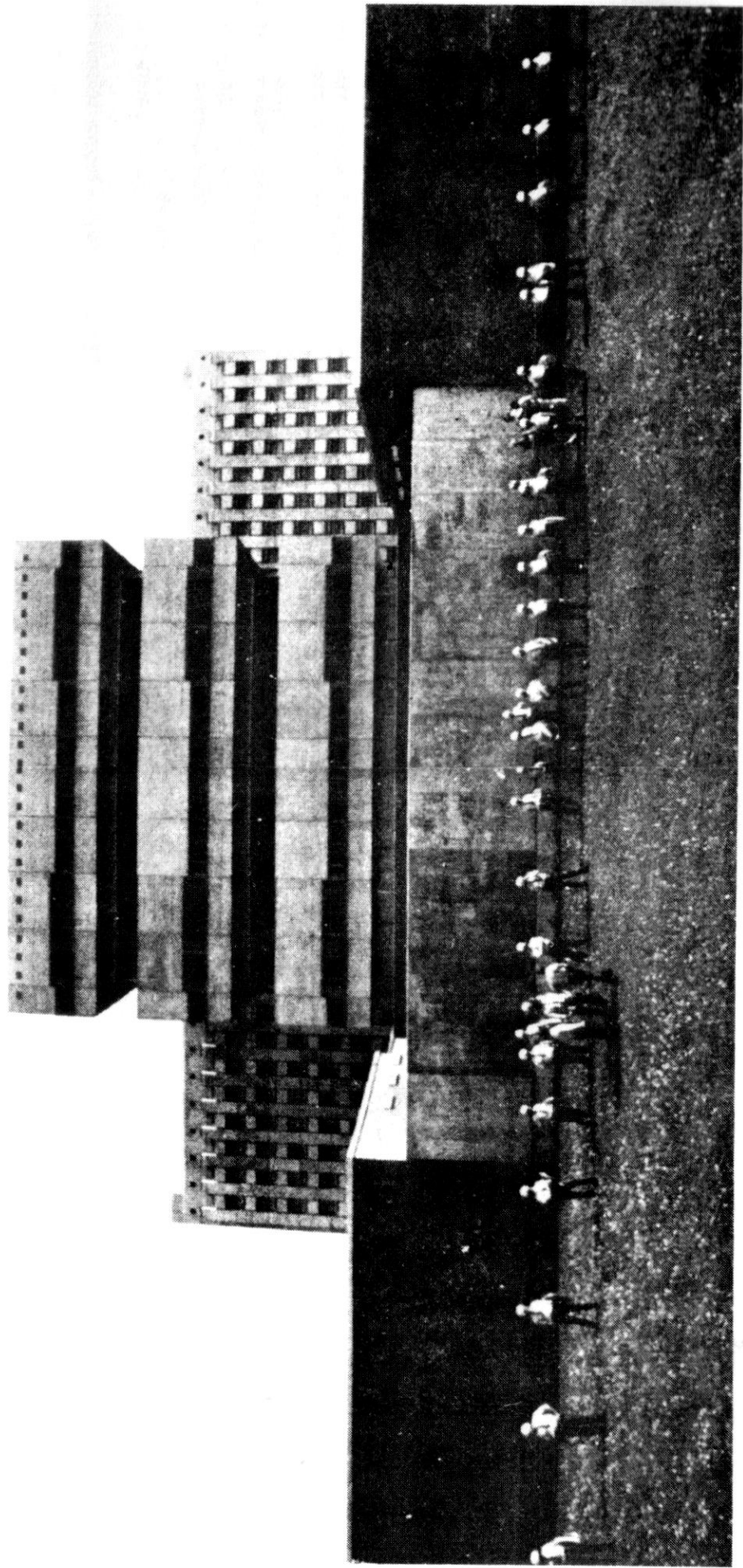
Lo determinante (y en esto llevaba toda la razón el viejo Mao) no es el debate orgánico, sino la dimensión política de la organización. Porque es la práctica la que determina la posición de clase y no al contrario. En Lenin ya el embrión del estado obrero son los consejos obreros y no el partido. Yo creo que es en la concepción del B. H. donde se contiene toda la teoría de superación de la deformación sustituida del partido. Harman dice también que, si se atiende a la experiencia de la Unión Soviética, no fue la «forma» del partido lo que creó la dominación del partido, en lugar de la dominación de los soviets, sino la destrucción de los soviets (=clase obrera organizada y ejerciendo la dirección y hegemonía sobre las demás clases aliadas).

No he querido hacer un trabajo de erudición (de ahí la eliminación de citas y lo sucinto de la bibliografía) ni plantear los elementos de una teoría del partido. He querido contribuir a la polémica y a su actualidad, aunque soy consciente de la limitación esquemática de los elementos que planteo. Pero queden ahí como base para continuar la discusión.

BIBLIOGRAFIA

- ANWEILER, O., *Les soviets en Russie*, Gallimard, 1972.
- BABEAU, E. H., *Les conseils ouvriers en Pologne*, París, 1969.
- BALIBAR, E., *Cinco estudios de materialismo histórico*, Laia, 1976.
— *Sobre la dictadura del proletariado*, Siglo XXI, 1977.
- BRICIANER, S., *A. Pannenkoek y los consejos obreros*, Anagrama, 1976.
- BETTELHEIM, E., *Les luttes des classes en URSS*, Maspero, 1974.
- CARDAN, P., *Los consejos obreros y la economía en una sociedad autogestionada*, ZYX, 1976.
- CARR, E. H., *La revolución bolchevique*, Alianza 1975, en especial los dos primeros tomos.
- CASTORIADIS, C., *La sociedad burocrática*, Tusquets, 1976.
- CLAUDIN, F., *La crisis del movimiento comunista*, Ruedo Ibérico, 1970.
- COLECTIVO, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS*, Edic. Emiliano Escolar, 2 tomos, 1976.
- DEL VAL, F. A., «Autonomía del proletariado y crisis del marxismo», *Rev. Negaciones*, núm. 2, 1976.
- ECHAVE, T., *Vitoria 1976*, Vitoria, 1977.
- GARCÍA, E., «Acotaciones a un debate italiano sobre democracia y socialismo», *Rev. Materiales*, 1977.
- GRAMSCI, A., *L'Ordine Nuovo (1919-20)*, Einaudi, 1963.
— *L'Ordine Nuovo*, Einaudi, 1965.
— *La costruzione del Partito Comunista*, Einaudi, 1971.
— *Quaderni del Carcere*, Ed. Riuniti, 6 tomos, 1971.
- HARMAN, CH., *Partido y clase*, IS JOURNAL, Londres, sin fecha.
- KORSCH, K., *Marxismo y filosofía*, Era, 1971.
- LENIN, V. I., tomo 3 de las «Obras Escogidas», Progreso, 1961.
— *El Estado y la Revolución*, Anagrama, 1976.
— *Las tesis de abril*, Anteo, 1973.
— *Cuadernos filosóficos*, Ayuso, 1974.

- LUXEMBURG, R., *Reforma o revolución*, Grijalbo, 1971.
- MACCIOCCHI, M. A., *Gramsci y la revolución de Occidente*, Siglo XXI, 1976.
- MAGRI, L., *Problemas de la teoría marxista del partido revolucionario*, Anagrama, 1975.
- MAITAN, L., «La experiencia italiana: Algunas enseñanzas (respuesta a N. Sartorius)», *Rev. Cárabo*, núm. I, 1976.
- MARCUSE, H., *El marxismo soviético*, Alianza, 1971.
- MARX y ENGELS, *La ideología alemana*, Grijalbo, 1972.
- LUXEMBURG, R., *Reforma o revolución*, Grijalbo, 1971.
— *Contre la guerre pour la revolution*, Spartacus, 1972.
- MANDEL, E., *Control obrero, consejos obreros, autogestión* (Antología), Era, 1972.
- PANKRATOWA, A. M., *Los consejos de fábrica en la Rusia de 1917*, Anagrama, 1976.
- PANNENKOEK, A., *Los consejos obreros*, ZYX, 1976.
- REVISTA, *Teoría y práctica*, 4 núms. 1976-77 (interesante por las experiencias que recoge).
- SARTORIUS, N., *El resurgir del movimiento obrero*, Laia, 1976.
- SOTELO, I., *Del leninismo al estalinismo*, Tecnos, 1976.
- STOJANOVIC, S., *Crítica del socialismo de estado*, Fundamentos, 1972.
- TROTSKY, L., *Bilan et perspectives*, Seuil, 1969.
— *Histoire de la revolution russe*, Seuil, 1950.
- VARIOS, *Crítica del bolchevismo*, Anagrama 1976.
— *I Consigli Operes*, Samoná e Savelli, 1972.
— *II Manifesto: theses*, Seuil, 1974.
— *Por la autonomía de los trabajadores*, Castellote, 1977.



EL AISLAMIENTO ES LA MUERTE.

Las noticias que nos llegan de la R. F. A. no pueden ser más inquietantes. A través del **Grupo para la defensa de los presos políticos, de los familiares de los presos políticos en huelga de hambre**, por la prensa occidental sabemos que 35 presos se encuentran en huelga de hambre como protesta por las condiciones de detención de la Fracción Armada del Ejército Rojo, grupo Baader-Meinhof. Tras de la muerte en huelga de hambre de Holger Meins, y en circunstancias no aclaradas de Ulrike Meinhof, la vida de los huelguistas se encuentra seriamente amenazada. Una de las reivindicaciones es la suspensión del aislamiento en que se les tiene, que se ha intensificado, y el restablecimiento del elemental derecho a su estancia en común.

NEGACIONES se solidariza con la lucha de estos presos que reivindican sus derechos y con todos los oprimidos por sus ideales, y exige que dichos derechos sean restablecidos por el Estado de la R. F. A. y su actual Gobierno socialdemócrata.

**Editorial Ayuso
San Bernardo, 34
MADRID - 8**

HAMBURGO

Brigitte Asdonk
Christa Eckes
Inga Hochstein
Annerose Reiche
Margrit Schiller
Ilse Stachowiak
Eberhard Becker
Wolfgang Beer
Bernd Geburtig
Werner Hoppe
Helmuth Lülf
Helmuth Pohl

BERLIN

Monika Berberich
Ilse Jandt
Waltraud Siefert
Wolfgang Wesslau

HANNOVER

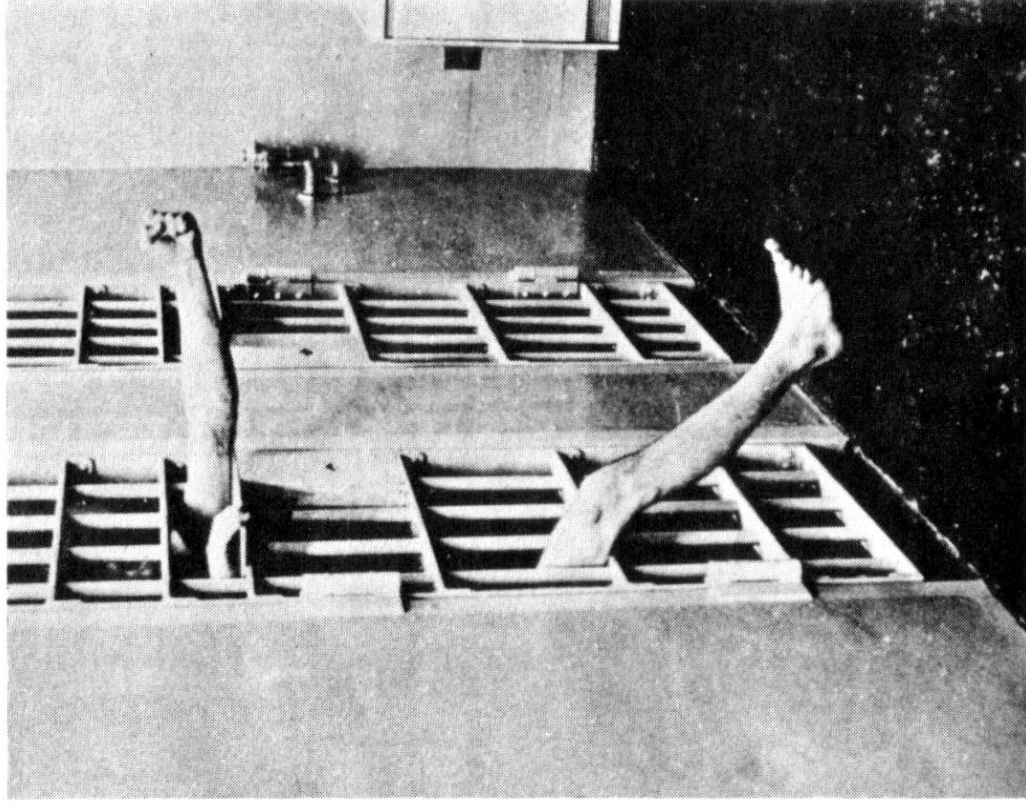
Ronald Augustin

WERL

Heinrich Jansen

ESSEN

Karl-Heinz Dellwo
Luft Taufer

**COLONIA**

Hanna Krabbe
Roland Mayer
Bernd Rössner

FRANKFURT

Klaus Dorff
Jürgen Tauras

FRANKENTAL

Siegfried Haag

ZWEIBRÜCKEN

Manfred Grashoff
Klaus Jünschke

STAMMHEIM (STUTTGART)

Andreas Baader
Gudrun Ensslin
Jan-Carl Raspe
Irmgard Möller
Ingrid Schubert

AICHACH

Sabine Schmitz

COLMAR (FRANCIA)

Detlef Schulz

Lista facilitada por la Sección alemana del Comité por la Defensa de Presos Políticos en la Europa del Oeste

Nº 3.

NEGACIONES

Editor-director:
Fernando Ariel del Val

Consejo: Justo G. Beramendi
Eduardo Fioravanti
Constantino García
Félix Ortega
Tomás Pollán
Emilio Sánchez
Ortiz
Fernando Ariel del
Val

Coeditor y distribuidor
en exclusiva:
EDITORIAL AYUSO

Diseño de cubierta:
Roberto Turégano